

CAPÍTULO SEXTO:

LA SABIDURÍA DE ASHLA

Sanui casi no tenía fuerzas para mantenerse en pie, y se apoyaba en Mhist, sabiendo que de no hacerlo, nada le impediría caer al suelo. El enano había conseguido un buen disparo.

-Vamos, Sanui -dijo Mhist-. No falta mucho.

Sanui seguía apoyándose en el hombro izquierdo de Mhist. Aunque movía los pies hacia adelante, había cerrado los ojos. A menudo, Mhist tenía que "animar" los pasos de Sanui con un empuje telekinético.

Un gadamariano se acercó a Mhist y a Sanui, con la intención de venderles algo, preguntarles una dirección, o alguna cosa así. Sanui estaba prácticamente inconsciente, así que recaía en los hombros de Mhist solucionar la situación.

-Escúchame, hembra -dijo el gadamariano-, tengo un "báster escondido" en el "bozillo". Soy loco y "etoi peligoso"...

Mhist, nada impresionada, le miró a la cara y movió su mano libre ante el rostro del gadamariano mientras hablaba. Con cara de pocos amigos le dijo, apuntándole con el dedo índice a la cara

-No tenemos tiempo para esto -dijo Mhist, con convicción en su voz.

-No tenéis tiempo "pa" esto -repitió el gadamariano, como si fuese obvio. Cuando se recuperó, parpadeó varias veces e intentó recordar porqué se había detenido, pero Mhist y Sanui ya no estaban allí.

Cuando faltaban trescientos metros para llegar a dondequiera que Mhist se dirigiese, Sanui cayó totalmente inconsciente. Mhist, asustada, comprobó sus pulsaciones, pero eran normales.

-Que buen momento has elegido para desmayarte -dijo Mhist y cargó con el cuerpo inerte medio a rastras. Avanzó cuidadosamente por las calles, vigilando constantemente si alguien a su alrededor se extrañaba de lo que estaba haciendo. Sin embargo, los gadamarianos eran gente que había visto casi de todo y ya se podía estar pilotando un caza TIE soltando humo negro y chispas por mitad de la calle principal, que lo único que harían sería alejarse. La Jedi de gris daba fe de la pasividad de aquellos habitantes.

Mhist se acercó a una pared que tenía una pequeña abertura a nivel del suelo, se agachó y dejó a Sanui al lado de la

abertura. Introdujo el cuerpo inconsciente por el agujero y, un instante después, se metió ella.

La abertura daba a un amplio sótano, cubierto de maquinaria extraña y tuberías. Mhist había habilitado parcialmente el sótano para convertirlo en una especie de vivienda ocasional; una red atada entre dos tuberías hacía las veces de hamaca, y había también varias cajas con alimentos y otros artículos de primera necesidad. Tres o cuatro pequeños droides modelo Otega 222 paseaban entre las máquinas, moviendo ruedecillas o activando interruptores. Parecían ignorar conscientemente los artículos de Mhist. Las máquinas expulsaban gases visibles cada poco tiempo, ocasionalmente con un chillido.

Mhist puso el cuerpo de Sanui en la única hamaca, lo más parecido a una cama que había por allí, y empezó a buscar entre sus cajas.

-Sé que tenía uno... -dijo la Jedi, abandonando una caja para dirigirse a la siguiente-. Tiene que estar por aquí...

Entonces se fijó en la pared. Allí había una caja preparada para almacenar cuatro medpacs. Exactamente lo que ella estaba buscando. Abrió la puerta y cogió uno de los tres medpacs que quedaban.

Mhist no estaba doctorada en medicina ni nada parecido, pero había visto ya bastante acción y estaba familiarizada con el uso de los medpacs en situaciones de combate. Ahora, incluso contaba con la ventaja de poder usar uno con calma. Se acercó al cuerpo inconsciente de Sanui y le retiró la túnica que le cubría el vientre.

Justo debajo de las costillas tenía el disparo. Y no tenía muy buena pinta. Además el proyectil debía estar impregnado de alguna sustancia neurotóxica venenosa que evitase la cicatrización o algo peor a juzgar por la pérdida de conocimiento de Sanui.

-Vamos a ver... -pensó Mhist-. Si me acuerdo de cómo se hacía esto... No era tan difícil...

Los pequeños droides siguieron operando la maquinaria, ignorando lo que hacían esos orgánicos a su espalda. Mhist presionó un aparato médico contra el vientre de su paciente, y de pronto Sanui abrió los ojos de par en par.

-Ooops -dijo Mhist en voz alta-. Eeehhh... Tranquilizantes... Perdón... Je, je... No me lo tengas en cuenta...

Sanui cerró los ojos de nuevo.

Mientras tanto, a escasos años-luz de allí, una nave imperial surcaba el hiperespacio, con un rumbo prefijado.

Un joven oficial imperial se presentó ante la puerta del gimnasio donde, estaba seguro, encontraría al almirante.

-¿Señor? -dijo el capitán Tryskho por el comunicador de la puerta-. ¿Da usted su permiso?

-Adelante -respondió la voz de Hoox, alterada

mecánicamente.

La puerta del gimnasio se abrió, y Tryskho dio un paso al frente. Miró hacia los lados, buscando a Hoox, pero no lo encontró.

-¿Dónde está, señor? -dijo.

-Aquí arriba -respondió una voz que venía de lo más alto.

Tryskho miró hacia el lugar de donde venía la voz, y pudo ver al almirante Hoox saltando de una pequeña plataforma repulsora a una anilla a casi diez metros de altura. Por supuesto, no se había activado ningún tipo de medida de protección por si Hoox fallase.

-Almirante -dijo Tryskho-, dentro de una hora llegaremos al sistema Gadamar. Nos pidió que le avisásemos.

-Gracias, capitán -dijo el almirante, balanceándose en una plataforma repulsora.

-Si me permite la indiscreción -dijo Tryskho-, ¿puedo preguntarle por qué debemos hacer un bloqueo sobre el sistema Gadamar? Los hutts no se han propasado últimamente.

-No es por los hutts -dijo Hoox-. Es por Sanui. Está en Gadamar.

El capitán abrió la boca para preguntar cómo lo sabía, pero comprendió que no tenía sentido hacerlo. Las... "intuiciones" del almirante rara vez fallaban, y además, Sanui era audaz. Lo bastante como para escapar de cualquiera que no fuese el propio Hoox.

Cuando Sanui abrió los ojos, su entorno era muy extraño. Estaba en un speeder, pero ya no podía seguir avanzando en él; los árboles estaban demasiado próximos formando un bosque en el que no cabía el vehículo. El suelo estaba empapado, pero Sanui llevaba botas altas.

-Hmmm... -pensó Sanui-. Supongo que tendré que llegar hasta el final.

Comprobó que su fiel sable de luz siguiese en su cinturón, y bajó del speeder. Al posarse en el suelo, salpicó un poco con sus botas. Se encorvó un poco hacia adelante y comprobó sus alrededores, no sin algo de nerviosismo. No conocía el bosque, y quienquiera que pudiese atacarle, estaría jugando con la ventaja del terreno. A lo largo de los años, Sanui había aprendido a no subestimar esa ventaja.

Sanui avanzó cuidadosamente por el bosque, sin encender el sable: Las copas de los árboles cubrían el cielo, y activar una bengala innecesariamente era tentar al destino. Pero Hoox no le daba miedo: Evidentemente, ya no estaba en Gadamar.

Sanui caminó, vigilando todos los lugares de donde creía que podía surgir un enemigo, pero nada aparecía. Se fijó en una luz al final de un camino y se dirigió hacia allí.

Cuando llegó, vio que se trataba de un acantilado de unos seis metros de alto y no muchos más de ancho antes de

llegar al otro lado. El único problema podría estar en que el acantilado daba a un río que parecía tener mucha corriente.

Sanui decidió intentar el salto. Dio unos pasos atrás para tomar carrerilla, forzó los músculos de sus piernas y brincó. Pero, a mitad del salto, una bandada de pájaros alienígenas pasó justo delante de Sanui. La sorpresa y el susto le hicieron perder el equilibrio y Sanui chocó con un pájaro especialmente grande.

-¡Aaaagh! -chilló Sanui bajo su máscara.

-¡Bodobodobodo! -gorjeó el pájaro.

El animal se recuperó del impacto y pudo remontar el vuelo, siguiendo al resto de su bandada. Pero Sanui, incapaz de volar, cayó al agua.

El río era muy oscuro, y cuando Sanui se recuperó del impacto, apenas pudo guiarse hasta la superficie. Cuando salió, los alrededores habían cambiado demasiado, puesto que ya no había acantilado por uno de los lados. Sanui nadó hacia el otro lado, aquél que aún mostraba una pared en la orilla, porque le resultaba más próximo y la corriente le ayudaba. Se aferró a la pared y salió del agua. Observó la boca de una cueva a poca distancia de su posición, y avanzó hacia allí.

Al entrar en la gruta, colgando aún sus pies en el borde del acantilado, Sanui se tomó un instante para hacer una comprobación rutinaria que esperaba sin esperanza diese negativo. Tomó su sable de luz del cinto y lo examinó. Efectivamente, había vuelto a olvidar apagar la potencia, con lo cual el agua lo había estropeado temporalmente.

Aún así, incluso sin el sable, Sanui tenía que seguir adelante. Aún contaba con su astucia y con sus poderes de la Fuerza.

Sanui siguió el pasillo de la gruta para llegar a una inmensa caverna, grande y espaciosa como una bodega de carga vacía. Algunos agujeros del techo hacían entrar rayos de luz en extrañas combinaciones, y así Sanui pudo ver los numerosos pasillos que salían de la caverna. Examinó sus posibilidades.

Eso podría haber sido un error. Sanui había olvidado asegurar el terreno. Una criatura parecida a un pequeño dinosaurio estaba escondida en uno de los pasillos, a la espalda de Sanui. El reptil era un cuadrúpedo de dos metros y medio de alto y más de seis metros de largo desde el hocico hasta el extremo de la cola, cubierto de escamas verdes. Tenía varios pinchos alrededor de la cabeza, y una fila de púas en su espina dorsal.

El reptil avanzó silenciosamente, posando en el suelo sus patas de tres garras cada una. Sanui seguía intentando decidirse por qué camino tomar.

¡Entonces, el reptil atacó! Moviéndose con una velocidad sorprendente para su tamaño, el reptil saltó sobre Sanui y

llegó a acertar el golpe. Sanui cayó al suelo pero, antes de que el reptil pudiese conseguir una presa, estaba rodando para alejarse de su agresor.

Sanui se levantó, con un par de moratones nuevos, y miró al reptil con valor, estudiando sus movimientos. El reptil siseó, permitiendo que Sanui viese su boca llena de dientes.

Sanui se atrevió a hacer el siguiente movimiento e intentó saltar sobre el reptil, pero éste se movió rápidamente y le propinó un buen golpe con la cola. Sanui volvió a caer al suelo, y tuvo que dar una voltereta hacia atrás para librarse del pisotón que el reptil intentó dar en su cabeza.

-¡Esa estuvo cerca! -pensó Sanui.

El reptil avanzó de pronto, y Sanui retrocedió por uno de los pasillos de la cueva. El reptil seguía avanzando, rugiendo y, añadiendo a eso su imponente tamaño y aspecto.

Sanui avanzaba de espaldas para no perder de vista al gargantuesco monstruo, preparándose así para reaccionar a sus ataques. Se fijó en que el pasillo a su alrededor estaba a punto de girar hacia la derecha, así que se preparó para la curva.

¡Entonces el reptil saltó! Un prodigioso brinco le permitió cubrir en un instante los más de treinta metros que le separaban de Sanui, y ahora estaba a menos de dos centímetros de su presa. Sanui dió un paso hacia la derecha y atrás y...

Cayó.

El camino no seguía a la derecha; más al contrario, a la derecha había una abertura, otro de los acantilados tan comunes en este planeta.

-¡¡¡Aaaahhh!!! -gritó Sanui.

Rápidamente, el reptil dio un paso más al frente, asomó la cabeza por el borde, abrió la boca y extendió su lengua. La lengua del reptil medía incluso más que todo su cuerpo, y se extendió hacia abajo como una cuerda roja. Sanui la agarró con las dos manos y la usó como punto de apoyo para clavar sus pies en la pared. Empezó a escalar mientras el reptil agachaba la cabeza por el peso y abría los ojos.

Cuando Sanui llegó arriba, el reptil recogió su lengua y miró a quien se supone que podía haber sido su presa.

-Lo sé, lo sé -dijo Sanui, con voz de adolescente-. Mi actuación ha sido pésima. Lo siento.

El reptil abrió la boca y siguió intentando poner la lengua en su sitio. Miró a Sanui con una expresión severa mientras ambos volvían a la zona amplia de la caverna.

-Por favor -dijo Sanui, mostrando su depresión con sus ojos-, no me mire así, maestro Ashla.

-'odavía -dijo el reptil- no sé porqué se presentó ante mí el espectro de mi maestro para ordenarme que te adiestrara.

-Hay veces que yo tampoco lo sé -dijo Sanui, sentándose en

el suelo-. Quiero decir, fíjese en lo mal que lo he hecho hoy. He estropeado el sable de luz, me he caído al agua, usted me atacó por detrás sin que yo le viese, y después consiguió guiarme hasta el acantilado. ¡En condiciones reales, no habría sobrevivido!

El reptil, que Sanui había identificado como el maestro Ashla, miró a su aprendiz padawan con algo de tristeza; Sanui se estaba castigando más de lo que Ashla podría hacer.

-No estás en contacto con la Fuerza viva -dijo Ashla-. Al menos, no lo suficiente. Debes aprender a ver las cosas antes de que sucedan.

-No sé si lo lograré -dijo Sanui-. Hoy lo he hecho fatal, pero no ha sido la única vez. ¿Recuerda mis pruebas anteriores?

Ashla asintió con su enorme cabeza.

-En Bestine, casi me captura el Imperio. En Klatoone, no pude escapar de los hutts por mis propios medios. En Iktotch, me pillaron en seguida. En Eriadu, la contaminación me hizo enfermar. En Roona, ni siquiera conseguí aterrizar. En Linuri, provoqué un accidente que casi costó la vida a cientos de criaturas...

-Un momento, un momento -interrumpió Ashla-. No olvides que conseguiste traducir las tablas del Guerrero de Gilgames. Ése es un gran logro que no consiguieron jamás los antiguos Jedi del Consejo.

-¡Para lo que nos sirvió! -dijo Sanui-. Era una profecía que ya había tenido lugar.

-Joven padawan -Ashla intentó adoptar un tono más enérgico-, no quiero oírte hablar así. Tal vez hasta ahora no hayas conseguido muchos éxitos pero, ¿qué te tengo dicho?

-"Si no lo consigues a la primera -citó Sanui-, levántate y vuelve a intentarlo".

-Tienes potencial para lograr lo que quieras -dijo Ashla-. ¿Te cuesta concentrarte? ¡No me sorprende! A mí también me costaba cuando era tan joven como tú.

-Entonces -dijo Sanui-, ¿no duda de mis posibilidades?

-Sanui -dijo Ashla, acercándose a su padawan-, no esperaba que pasases esta prueba. Más bien era para demostrarte que tu entrenamiento aún no se ha completado. Además, hoy has aprendido lecciones muy valiosas, ¿verdad?

Sanui asintió con la cabeza.

-¿Por ejemplo? -dijo Ashla.

-Ehhhh... -dijo Sanui-. ¿Que debo acordarme de apagar la potencia del sable de luz para que no se me estropee si caigo al agua?

-Pues sí -dijo Ashla-. O que ahora tienes un buen motivo para estudiar más sobre los sables de luz, y poder diseñar un sable que no se estropee si caes al agua.

-¡Pero, maestro, usted me hace entrenar quince horas

diarias! -protestó Sanui-. ¿De dónde espera que saque tiempo para estudiar más sobre el diseño de sables de luz?

Ashla miró a su padawan sin decir nada. Sanui comprendió cuál iba a ser la respuesta de su maestro y se anticipó a ésta:

-Para lo importante se encuentra tiempo" -dijo Sanui.

-El día que dejes de aprender -dijo Ashla-, dejarás de vivir.

-Pero usted ya es maestro -dijo Sanui-. Usted sólo enseña, no aprende.

-Te sorprenderías -dijo Ashla- si supieras cuánto he aprendido desde que eres mi padawan. Lo que tú me has enseñado vale mucho más de lo que yo te puedo enseñar.

-No es cierto -dijo Sanui-, pero gracias.

-Es muy cierto -dijo Ashla-, pero tú no entiendes todavía a qué me refiero.

-¿Como las pruebas? -dijo Sanui.

-Sí, en cierto modo -dijo Ashla-. Las pruebas están pensadas para que te sometas a ellas, y en ocasiones tal vez tengas éxito, aún creyendo que no. Piensa que nunca sabes qué estoy probando. En Linuri, por ejemplo, tuviste éxito.

-No lo tuve -dijo Sanui-. Cientos de criaturas estuvieron a punto de morir.

-¿Y murió alguna? -dijo Ashla-. Lograste salvar a todas ellas, y ni siquiera se enteraron de que habían estado en peligro.

-¡No habrían estado en peligro si yo no hubiese metido la pata! -dijo Sanui.

-¿Y si yo te digo que no habrías podido evitarlo? -dijo Ashla-. ¿Y si el accidente estaba preparado para suceder, no importa lo que hicieses? ¿Y si tu prueba consistía en ver lo que hacías?

-Quiere decir... -dijo Sanui-. Escapar de Linuri egoístamente, o arriesgar mi vida por salvar a esa gente.

Ashla asintió con la cabeza.

-El aprendizaje para ser un Jedi -dijo- consiste en mucho más que saber un par de trucos mentales y manejar un sable de luz. Los caminos de la Fuerza son muy complejos.

Sanui sonrió bajo su máscara.

-Quiero que muevas esa piedra de ahí usando sólo el poder de tu mente -dijo Ashla, señalando una piedra que había en la gruta.

-Pero maestro... -dijo Sanui.

-No -dijo Ashla-. No quiero oírlo. Quiero que muevas la piedra.

-Pero escuche... -volvió a intentar Sanui.

-Puedes hacerlo -dijo Ashla-. El tamaño no es importante.

-¡Ya sé que puedo hacerlo! -le gritó Sanui-. ¡Pero hay una colonia de saks debajo! Y a mí esas "formas de vida" no me agradan en absoluto, ya lo sabe.

-¿Oh? -Ashla giró su cabeza y miró la piedra durante un instante mientras usaba la Fuerza para comprobar si efectivamente había saks. Su rostro cambió y forzó una media sonrisa-. Ciertamente. Je, je.

Ashla movió una de sus patas delanteras y se rascó la cabeza en un gesto bastante humano.

-Usted siempre me dice -dijo Sanui- que el camino del sabio incluye evitar los enfrentamientos innecesarios. "Pelear no es bueno. Siempre hay alguien que sale herido". Si muevo la piedra, saldrán todos los saks a por nosotros, y tendremos que matarlos.

-Tienes razón, tienes razón -admitió Ashla-. Yo no había sentido a los saks. ¿Cuál de mis consejos acabas de seguir?

-"Que la luz del éxito no te impida ver el camino del sabio", supongo -dijo Sanui.

-Quizás has fallado la prueba del bosque -dijo Ashla-, pero no has fallado ésta. Es mucho más importante que sepas obrar con moral, con ética, y no que te sepas todos los poderes de memoria. Así evitarás el reverso tenebroso de la Fuerza.

-¿Tan terrible es el lado oscuro, maestro? -dijo Sanui.

-Más -dijo Ashla-, pero eso no lo comprenderás hasta que le mires a los ojos.

-Sí, maestro -Sanui lamentaba, una vez más, que su maestro siguiese recurriendo al tan manido "Algún día comprenderás".

-Todo lo que me queda por enseñarte -dijo Ashla- son detalles. Formas de usar la Fuerza que no se te han ocurrido a ti, ejercicios físicos para mantenerte en forma, y un montón de cosas que tal vez te salven la vida algún día. Pero sólo son detalles. Lo importante, la forma correcta de actuar, ya la conoces. Yo, que he vivido cientos de años, que he luchado en mil batallas, que he aprendido de docenas de maestros... no soy tan sabio como tú.

-Gracias, maestro -dijo Sanui, sonriendo.

-Tengo hambre -dijo Ashla-. ¿Te importa ir a buscarme unas hojas?

Sanui salió de la gruta y recogió unas cuantas hojas de los árboles para su maestro. Se presentó ante él y las puso en el suelo; siendo un cuadrúpedo, Ashla nunca encontró utilidad a los cubiertos. Mientras masticaba unas hojas, miró a su padawan de reojo. Tragó y le dirigió la palabra:

-Supongo que ya no estás pensando en abandonar tu entrenamiento -dijo Ashla.

-No, maestro -dijo Sanui.

-Después de lo de Palpatine, quedamos muy pocos -dijo Ashla-. Durante mil generaciones, los Caballeros Jedi fuimos los guardianes de la paz y la justicia en la galaxia. Palpatine tuvo que acabar con los Jedi para conseguir sus malvados fines. Es necesario que los Jedi

protejan la galaxia, o ya sabes lo que puede suceder.

Sanui movió la cabeza afirmativamente.

-Debo convertirme en un Jedi -dijo- para proteger la Nueva República.

Ashla desvió la mirada un momento, y su morro se retorció un poco.

-Los gobiernos y los planetas -dijo Ashla- son importantes, pero cuando los examinas en profundidad descubres que están compuestos de personas. De individuos. No se trata de proteger un colectivo que podría estar corrupto (y la Antigua República lo estaba en sus últimos tiempos), sino de proteger a las personas, a los ciudadanos, a los habitantes. Se trata de luchar en su nombre. En el nombre de las estrellas.

Sanui abrió de nuevo los ojos. Estaba en el sótano donde moraba Mhist, y en su inconsciencia acababa de recordar un episodio con su maestro que había tenido lugar años atrás.

Sanui miró a su alrededor, fijándose en la maquinaria pesada que había a su alrededor, y en los pequeños droides que paseaban operándola. Mhist estaba sentada justo frente a la hamaca, y jugueteaba con una voluta de niebla mientras esperaba. Entonces se dio cuenta de que Sanui había despertado.

-Buenos días -dijo Mhist.

-¿Cuánto tiempo... llevo inconsciente? -dijo Sanui.

-Más de una hora -respondió Mhist-. He usado un medpac sobre tu herida.

Sanui abrió sus ojos en un gesto de sorpresa y, rápidamente, se levantó la parte de su túnica que cubría su vientre. Temía descubrir que Mhist le había cosido el ombligo, o algo parecido, pero el trabajo era aceptablemente (sorprendentemente) bueno. Aún no se había curado, pero estaba mucho mejor.

-¿No te fías de mí? -dijo Mhist, algo ofendida. Suspiró y dos de las volutas de humo de su alrededor se movieron.

-¿Dónde estamos? -preguntó Sanui.

-En un sótano que he habilitado para dormir mientras estoy en Gadamar -explicó Mhist-. La maquinaria controla la calefacción del edificio. Estos droides están programados para operarla e identifican a cualquier orgánico como "amo", así que no me molestan casi nunca. En cierto modo - una de las máquinas expulsó una nube de vapor de agua justo delante de la cara de Mhist-, me siento como en casa.

Mhist sonrió entre el vapor.

-¿Y qué haces en Gadamar? -dijo Sanui-. Creí que tu misión era...

-Digamos que me he desviado del "trazado oficial" - interrumpió Mhist-. Ya sabes cómo funcionan estas misiones, que sabes cómo empiezan, pero no cómo acaban.

-Tengo que salir del planeta -dijo Sanui, intentando levantarse. En el proceso, casi se revienta varios puntos de sutura.

-¡Quédate donde estás! -dijo Mhist, corriendo preocupada hacia la hamaca. Tumbó a Sanui de nuevo, y le soltó una regañina-. No quiero que te muevas, estás demasiado débil. Sabes perfectamente que sin tus habilidades de la Fuerza, el disparo te habría matado allí mismo, y son esas mismas habilidades las que impiden que sigas inconsciente. Además, las he pasado canutas para coserte la herida; no te cargues mi obra de arte.

Mhist sonrió para quitarle importancia al asunto y tranquilizar a Sanui.

-Pero... -dijo Sanui-. Tengo que recuperar mi nave y...

-Ni hablar -dijo Mhist-. Hoox conoce tu nave, está fichada y no podrías salir del planeta en ella.

-Lo dices como si el planeta estuviese bajo un bloqueo.

Mhist miró a Sanui.

-Oh, no -dijo Sanui.

-Seguramente te está buscando a ti -dijo Mhist.

Sanui dio un respingo cuando su cadena de pensamientos le llevó a una persona.

-¡Halkias! -dijo-. ¿Dónde está?

-Han puesto su casa bajo vigilancia -dijo Mhist-. Varios soldados de asalto custodian la puerta. No tienen pruebas para hacerle nada más.

-¿Estará bien?

-No te preocupes por él, no le pasará nada. Es un chico con recursos, no dejará que le pillen con las manos en la masa. Pero tampoco podemos contar con su ayuda.

-¿Y entonces qué?

-Bueno, tenemos varias opciones -dijo Mhist-. Una es esperar que la Nueva República decida de pronto que el sector Junagadh es digno de una buena lucha, y que nos encontremos con una poderosa flota de cruceros calamari en algún planeta. Esto obligaría a Hoox a desviar toda la flota que bloquea Gadamar...

-Pero no cuentes con ello -dijo Sanui.

-Tal vez se aburra de bloquear el planeta antes de que se te acabe el tiempo -dijo Mhist.

-¿Opción número tres? -dijo Sanui.

-Tu nave queda descartada -dijo Mhist-. Un carguero nunca cruzará ese bloqueo.

-Y además, no tengo copiloto -dijo Sanui-. Mi androide está hecho pedazos.

-¿Quieres que yo sea tu copiloto? -dijo Mhist.

Sanui miró a su amiga con la misma mirada que le había dirigido Ashla tantas veces cuando le quería decir que su intento de chiste no había tenido ninguna gracia.

-Sólo era una idea -dijo Mhist.

-En cuanto te pones nerviosa, la cabina se llena de humo -

dijo Sanui-. Quizá tú puedas ver a través de toda esa niebla, pero yo no.

-Nunca me dejaréis olvidar lo que sucedió en Senfery -dijo Mhist.

-No, más bien no. Por poco nos matamos -dijo Sanui-. ¿Se te ocurren más opciones?

-Sólo una -dijo Mhist-. Si no podemos esperar a que el bloqueo se vaya, ni tampoco puedes escapar en tu nave, necesitas otra nave para saltarte el bloqueo.

-¿Hablas de robar una nave? -dijo Sanui.

-No del todo -dijo Mhist-. Me enfrenté a unos criminales hace poco. Los pobres ya no necesitarán más sus naves. Si consigues hacer que funcione uno de los cazas monoplaça, podrías salir del planeta.

-¿Y qué pasa con mi nave? -dijo Sanui.

-Está en un hangar privado -dijo Mhist-. Hoox no puede revisar hangares privados en Gadamar sin romper su acuerdo con el Gremio de Cazarrecompensas. No se arriesgará.

-Bien, iré ahora mismo -dijo Sanui.

-Ni se te ocurra -dijo Mhist-. Los soldados de asalto están peinando esta zona. Tenemos que esperar a la noche, cuando pasen a otro barrio, que habrá menos vigilancia. Todos ellos tienen tu descripción. Si sales ahora, a plena luz del día, te identificarán. Además, tus heridas aún no han curado del todo, y para cruzar el bloqueo necesitas estar en plena forma.

-Está bien.

-Aún no entiendo porqué te empeñas en esconderte de ese modo tan peculiar -dijo Mhist, intentando hacer que Sanui se relajase.

-Me van bien las cosas así -respondió Sanui-. El enemigo no necesita saber más.

-Psi... -admitió Mhist-. Pero poco importa lo que piense el enemigo cuando tu ataque es mortalmente efectivo, y a ti se te da bien eso. Así que sigo sin entenderlo...

Mhist le devolvió la palabra mientras se sentaba encima de una máquina, y volvió a jugar con sus volutas de humo. Moviendo un dedo, hizo que el vapor de agua que surgía de una máquina se convirtiese en una serie de círculos concéntricos, sin tocarlo y a diez metros de distancia.

-Oye, Mhist -dijo Sanui-, siempre quise preguntarte: ¿Cómo aprendiste ese poder?

Mhist cogió una voluta de humo, le dio forma de jabalina y, con un soplo, hizo que la flecha de niebla perforase el círculo de vapor más pequeño, el centro de la diana.

-Verás..-dijo Mhist sonriendo.

Entonces, oyeron el sonido de las botas de un soldado de asalto imperial muy cerca de su posición. Rápidamente Mhist miró hacia el ventanuco por el que habían entrado, y pudo ver las botas blancas.

-Ahora vengo -dijo Mhist-. Prométeme que no saldrás de la

hamaca.

-Como si pudiera levantarme -dijo Sanui.

-De acuerdo -dijo Mhist-. Y, si ves un bote que brilla, no lo toques.

-Pero... -dijo Sanui-. Pero si el glitter brilla, pierde su efecto, ¿no?

Mhist miró a su paciente con cara de complicidad y sólo recalcó:

-Tú no lo toques.

Cubierta por una capa de niebla que la hacía casi invisible, Mhist salió por el ventanuco, dejando a Sanui con la única compañía de un grupo de droides.

La Jedi de gris no tardó más de unos minutos en volver.

-Estamos a salvo -dijo.

-¿Qué has hecho esta vez? -preguntó Sanui.

-Bueno, me he acercado al comandante y le he "convencido" de que los sótanos ya han sido registrados.

Sanui siguió descansando, y no tardó en volver a dormirse. Lo necesitaba.

Cuando Sanui despertó, ya había anochecido, pero Mhist no estaba por ninguna parte. Escuchó una explosión a lo lejos y segundos después su amiga apareció de pronto.

-¿Se puede saber que hacías? -dijo Sanui.

-Cosas mias -respondió Mhist-. Sólo mantenía una animada charla con un autóctono muy bien educado pero tonto perdido, lástima que...

Mhist enmudeció para escuchar el sonido de otra explosión y el rugido de varios transportes mientras pasaban cercanos a su guarida.

-Tendremos que esperar aún un rato para poderte llevar a donde se encuentra la nave.

Mhist se sentó cerca de Sanui en silencio y mirando al infinito.

-¿No me vas a decir en qué consiste tu misión? -dijo Sanui rompiendo el silencio mientras se incorporaba lentamente.

-Si, pero después tendría que matarte -dijo Mhist sonriendo mientras seguía mirando a algún punto de la oscuridad.

Sanui hizo una mueca y sonrió.

-¿Algo de comer?- Mhist volvió en si y sacó de entre las cajas un estuche de lata lleno de alimentos liofilizados y deshidratados.

-No tengo hambre -dijo Sanui, y con algo de asco añadió-. Además esas cosas necesitan agua para ser medianamente comestibles.

-Lo sé, pero poca agua hay por aquí y beberme la que utilizan estos trastos para refrigerar no es recomendable. Como verás, este lugar es... detestable, en todos los sentidos -dijo Mhist con resignación mientras mordisqueaba una barrita de algo encarnado.

Sanui soltó una carcajada.

-Con lo que te gustaba el pantano donde entrenabas -dijo Sanui de manera burlona.

-Pues al menos en Dagobah había agua. Estancada, sucia y llena de bichos peligrosos, sí, pero había agua. Aquí por no haber no hay ni... glitter -dijo Mhist con mal humor, lanzando la barrita que comía a un robot y dándole en la cabeza con un ruido metálico.

Mhist suspiró resignada y volvió a asomarse por el agujero para asegurarse una vez más de que todo estaba en calma. Sanui sonrió y se decidió a escoger algo de la caja de provisiones, por mucho que quisiera negarlo, la sensación de hambre ya había hecho acto de presencia hacía rato.

Poco después Mhist volvió.

-Bien, Sanui, ya no hay nadie por aquí -y mientras decía esto se quedó mirando a Sanui y añadió-. Sabes, es un detallazo por tu parte que te dignes a probar la comida, considerando que eres bastante especial en ese sentido, pero deberías saber que eso que te estas comiendo es un explosivo plástico muy difícil de encontrar, y además es algo tóxico así que por tu bien te sugiero que lo dejes -y mientras decía esto sonriendo le quitaba el trocito azul de las manos a Sanui.

-A lo mejor es una pregunta tonta, pero... ¿Se puede saber porqué tienes explosivos plásticos entre la comida? -dijo Sanui con mal humor mientras escupía y se limpiaba la boca, la cual tenía de un sano color azul oscuro.

-Es el único lugar donde no se les ocurriría ponerse a investigar a los guardias en el hipotético caso de que registraran este antro -dijo Mhist sonriendo.

-Estás peor de lo que recordaba -dijo Sanui.

-Si, ya -dijo Mhist sonriendo, dejando el trocito azul en la caja y volviendo a mirar por el agujero-. No perdamos más tiempo, vamos al speeder y en marcha.

-En marcha -dijo Sanui.

El speeder era un vehículo repulsor bastante antiguo, que apenas tenía dos plazas y ningún arma. Mhist se sentó al volante y Sanui a su lado, y el vehículo empezó a moverse a alta velocidad, sin tocar el suelo. Sanui aprovechó para mirar el cielo estrellado, cubierto de naves de guerra del Imperio.

Escasos minutos después, el vehículo llegó a un hangar en una zona de Kerritt controlada por los hutts. Sanui se bajó del vehículo antes que Mhist.

-Bueno, aquí se vuelven a separar nuestros caminos. Que tengas buen viaje, Sanui -dijo Mhist con cara de circunstancia mientras bajaba del speeder.

-Te echaré de menos, Mhist, ahora te debo una -dijo Sanui.

-Que la fuerza te acompañe -dijo Mhist mientras hacía crecer la niebla que surgía de su alrededor. Pronto, la figura de metro sesenta y siete de Mhist estaba cubierta de

niebla. A través de la bruma, Sanui podía ver cómo Mhist movía la mano para despedirse, pero la nube se volvió más opaca y Sanui ya no pudo ver nada. Un segundo después, cuando la oscuridad desapareció, Mhist ya no estaba. Sanui sonrió bajo su máscara y, antes de entrar en el hangar, se dirigió a donde había estado su amiga.

-Que la Fuerza te acompañe a ti también.

Fin del sexto capítulo

CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com

Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.